

sación tan interesante, sostenida por largo rato, distra-
yendo la atención para contestar un saludo, o por el sim-
ple run-run de charlas cercanas, es difícil de reconstruir,
por más que en la tarea diaria haya necesidad de ejerci-
tarse en estas reconstrucciones.

—Se dice hoy, como a título de censura, que usted ha
venido haciéndole mucha propaganda al individualismo.

—Me ha satisfecho mucho esa publicación, sea cual
fuere el ánimo con que haya sido hecha. Mientras me
coloquen en el lugar donde estoy, perfectamente. Lo
que no puedo aceptar es que haya otro compañero del
Diario que me considere antisemita. No lo soy. Du-
rante mi permanencia en Europa conocí a muchos judíos.
Unos fueron mis maestros y otros mis compañeros. La
colonia ruso-judía que estudiaba ciencias, en aquel tiem-
po, en París, me consideraba como a uno de los suyos.
Aquí se tiene una idea falsa de los judíos: generalmente
se cree que todos se dedican al comercio y apenas si hay
una quinta parte de la población judía distribuida por el
mundo, que ejerza esas actividades.

—Y ¿cuándo nació esa tendencia al individualismo,
en usted?

—Hay un suceso en mi vida que me ha hecho sufrir
mucho; más que muchas otras cosas íntimas, más que
la muerte de un pariente: la muerte de la Universidad.
Allí trabajábamos con amor. Se apropiaron del edificio,
de la biblioteca, de cosas que eran ajenas. Unos cuantos
bachilleres salimos a la defensa, sumándonos a algunos
católicos y a unos pocos verdaderos liberales; pero del
otro lado estaba lo más distinguido del país. Don Mauro
Fernández analizó nuestro escrito elevado al Congreso,